

MORABITOS Y GENIOS EN AIT BA AMRAN

Y A hemos expuesto en otra ocasión cómo el culto a los santos está muy desarrollado entre «los de» (*ait*) Ba Amrán. Dijimos también cómo se adoraba al morábito que fué y cómo se respeta y aun venera al descendiente que ha heredado la *baraca*. Esta evoca la idea de bendición y dota de virtudes sobrenaturales y bienhechoras. Así la tiene el *horm* o terreno estimado sagrado alrededor de una tumba de santo, y de ella gozan las personas que se relacionan con la religión, sus prácticas y sus estudios. De *baraca* gozan los cherifes, transmitida por descendencia del Profeta, y *baraca* tenía el *aguelid* (rey), conferida cada mañana por cuarenta santos que pasaban sobre su cabeza.

El *merabit* de las regiones arabizadas, el morábito de las medinas, fué o es instruído en materia religiosa y en sus prácticas acudió o acude a la mezquita y recitó o recita el Korán. En las kabilas berberías, el *agurram*, poco instruído en las obligaciones que impone el Islam, ha representado o representa la costumbre religiosa, que conoce con sus ritos y sacrificios, y recoge la vieja tradición de las generaciones precedentes, menos islamizadas, pero aferradas a sus creencias, aunque éstas sean a menudo paganas.

Para el culto de los santos se ha encontrado un origen pagano. Así Moutet ha comprobado que, a medida que el Islam se ha separado de su cuna y se ha extendido hacia Oeste, el mahometanismo se ha apartado del monoteísmo nacido en la

Arabia y defendido luego por los Uahabistas, para caer degenerado en el culto de los santos berberíes. El origen de tal culto, pues, hay que buscarlo en el paganismo primitivo de los Berberes, en su antropatría. El *agurram* acaso no llegue a ser digno de veneración, pero siempre se verá en él una gran influencia natural; por esto es el que, con los padres y jefe del poblado, sanciona la constitución de una nueva familia. Cuando el *agurram* desdeña las costumbres religiosas y se preocupa por ofrecerse marcada y destacadamente islamizado, surge el *merabit*. Morábito o *agurram*, en época pasada, recibía los impuestos que se negaban al sultán; así, el berber le entregaba voluntariamente el *fetrat* y el *aachur*, que distribuía asimismo entre los pobres, primicias de una cosecha, tras cuya siembra se había dejado el arado en la vivienda de aquel santo.

El país berberí es la tierra de los *igurramen*, de los santos. Elevadas estas gentes buenas a la categoría de ídolos, a ellos se les atribuye todo poder, a ellos se les ruega, a ellos se les hacen sacrificios. Cuando se está ante la tumba de uno de estos ascetas, y junto a ella se inmolan gallinas, carneros, bueyes y aun dromedarios —cuya carne se deja para el sustento de los descendientes de aquél—, es porque de él se espera la bendición celeste, pues se le estima en posesión de la *baraca* y como el verdadero dueño de las cosas. Por esto, cuando el mar se halla alborotado, los «achelhis» costaneros acuden a los *igurramen*, ofreciéndoles pescado y algo de la cosecha, si interceden con su poder misterioso para que los vientos cesen de provocar la marejada.

Pero todavía es más rara la concepción religiosa del Berber en esta faceta. Aunque el prestigio del *agurram* se apoya mucho en sus austeridades, casos se dan de admiración y aun respeto hacia ignorantes *igurramen*, cuyas costumbres son algo censurables, por no decir depravadas: *igurramen* que en lugar

de contener a sus contribulos en la pendiente de los vicios, les estimulan con su mal ejemplo para dejarse arrastrar por la fuerza de las pasiones, si bien en la psicología de este pueblo creyente —cuya inteligencia y facultades morales hay que ver limitadas en este aspecto— entra mucho el temor al castigo, a la venganza, a la maldición. Así resulta que al morábito hay que agradecerle el bienestar, pero también se infiltra en la formación de la conciencia. Traigamos a estas líneas el ejemplo de depravación ofrecido por la zúuia de Sidi Rahhal, ubicada al Este de Marraquech, en el país de los Glaua (1). Consignemos también que cuando el afán de dinero empujaba a los berberes hacia el robo a mano armada, era práctica admitida en algunas regiones poner al *agurram* de la tribu en antecedentes del propósito; algo así como recibir su bendición para el mejor éxito en la empresa. La banda de malhechores apartaba luego para aquél una parte del botín.

El caso es que a estos *igurramen* se les da un culto que lleva a rebasar al que dan a Al-lah. Y es que el apocado berber llega a creer que el *agurram* ejerce influencia sobre el poder de Al-lah, y aún que este mismo poder sobrenatural se halla a la disposición de quien, apoyándose en tal creencia, ejerce una tiranía espiritual que esclaviza al pasivo creyente. El berber llega a enfrentarse con *igurramen* poderosos para operar maleficios y sortilegios, verdaderos artistas para interpretar las fuerzas ocultas de la naturaleza, que aquél, intrans-

(1) La zúuia de Sidi Rahhal se halla en el río Godat, de agua un poco salobre. La liviandad en las costumbres de las mujeres de esta zúuia se debe, según la leyenda, a que el fundador rogó a Dios: «Que todos mis hijos sean ladrones y todas mis hijas prostitutas», voto que fué concedido.

Sidi Rahhal vivía en los primeros años del siglo XVI, en la mayor pobreza. La leyenda asegura que lo que deseaba pedir a Dios fué que sus hijos fueran sabios y sus hijas virtuosas; pero un «lapsus» hizo pronunciar lo ya dicho... Y el Todopoderoso otorgó lo escandaloso. ¡Al-lah aalemi!

quilo y receloso, desconoce y no comprende. Como los berberes tampoco conocen las leyes de aquélla y no se explican muchas de sus cosas; como asimismo tienen una idea imperfecta de la divinidad y dan a la naturaleza atributos divinos, les precisa la interpretación de sus *igurramen*, a los que acuden para conseguirla, buscando, de paso, presagios en cuanto pueda guardar relación con su porvenir, con el destino de su vida. Incluso cuando hay algo en el seno de la familia que es inexplicable, cuando teme que los odios sentidos y el afán de tomar venganza conduzcan al deseo de vengar rencores, el berber, perplejo ante lo inexplicable, busca al *agurram* que pueda disipar aquel algo, que pueda ser un maleficio. Así, las gentes simples, las almas devotas, creen en los signos cabalísticos que los *igurramen* escriben en determinados huesos de animales como una buenaventura; admiten que versículos koránicos, más o menos auténticos y escritos en pequeños trozos de papel, puedan indicar el porvenir. Como el *agurram* acierte quedan con más confianza en él que en Dios mismo.

* * *

Ya se sabe que, para el musulmán, el *yen* es un ser creado por Dios, intermedio entre los ángeles y el hombre (2). Los *yenín* (plural de *yen*) toman distintas formas, y pueden presentarse con alas y volando, arrastrándose como los reptiles, yendo y viniendo sobre la tierra, como los humanos. Los hay virtuosos y que no lo son, y están divididos en diversas especies (3). Unos *yenín* son tan puros que ni comen, ni beben,

(2) Sura VI: Los Ganados, 100. «Antes de él (el hombre) habíamos creado los genios de un fuego sutil.» (XV: El Hechr, 27. Dios les había creado «del fuego puro sin humo.») (LV: El Misericordioso, 14.) (Copiamos de la traducción hecha por el doctor García-Bravo.)

(3) LXXII: Los Genios, 11.

ni engendran; otros, sin embargo, tienen las mismas necesidades que los humanos.

Hay *yenún* musulmanes y los hay no creyentes. Los genios malos están admitidos por casi todas las religiones. Los libros de los Testamentos fueron venero en donde acaso bebiera Mohammed (4).

La cosmogonía de Mohammed admite siete cielos que forman círculos concéntricos. Los genios procuran penetrar en el cielo, acercándose para escuchar lo que allí se dice y allí pasa; pero como no escucharon en la tierra cuando otros *yenún* les hablaron como apóstoles, ya no podrán oír el Korán en el cielo (5).

(4) Su celo por ganar partidarios —pues se dice que el Profeta tenía la misión de convertir a los genios, como a los otros mortales— le inspiró: «Me ha sido revelado que algunos genios que se pusieron a escuchar la lectura del Korán exclamaron: Hemos oído una lectura extraordinaria.» (LXXII: Los Genios, 1.) Según los historiadores musulmanes, cuando los habitantes de Taief —poco tiempo antes de la *Hichra*— desoyeron la predicación del nuevo culto, la escuchó una tropa de genios que se hallaba allí, creyendo y propagando su doctrina entre otros genios. «Un día hemos conducido una tropa de genios para hacerlos escuchar el Korán; ellos se presentaron y se dijeron unos a otros: Escuchad. Y cuando la lectura hubo terminado, volvieron apóstoles en medio de su pueblo.» (XLVI: *Abhaf*, 28.) «Tan pronto como hemos oído el libro de la dirección, hemos creído en él, y todo el que crea en Dios no debe temer daño ni afrenta.» (LXXII: Los Genios, 13.) «Hay entre nosotros quienes se abandonan a Dios (que son musulmanes) y los hay que se vuelven...» (LXXII: Los Genios, 14.) «Cuando el servidor de Dios (se refiere a Mohamed) se levantó para adorarlo, poco faltó para que lo ahogasen; de tal modo se apiñaban en torno de él.» (LXXII: Los Genios, 19.)

Luego, sin duda, los *yenún*, incrédulos, intentaban conocer; mas los ya musulmanes aseguraban: «Hemos estado sentados en asientos para escuchar lo que pasaba; pero todo el que quiera escuchar en lo sucesivo hallará el dardo ardiente que le acechará para herirle.» (LXXII: Los Genios, 9.) «El que se acercase hasta coger a hurtadillas algunas palabras, será herido por un dardo ardiente.» (XXXVII: Las Filas, 10.)

(5) Por eso dicen: «Hemos tocado el cielo en nuestro vuelo, pero lo hemos hallado lleno de guardianes fuertes y de dardos ardientes.» (LXXII: Los Genios, 8.) «A menos que no se deslice furtivamente para escuchar, y entonces es alcanzado por un dardo de fuego visible para todos.» (XV:

Los *yemín* creyentes entrarán en el paraíso (6); otros *yemín* se condenarán (7).

Vemos, pues, que, junto a los seres de luz y sin sexo, que son los ángeles —que ni comen ni beben—, admite el Islam la existencia de estos *yemín*, seres de fuego o de vapor, que tanto atormentan al hombre. Ya en otras ocasiones se ha dicho que pueden encarnar en animales, y que a esto se debía el que muchos insectos asquerosos e incómodos librarán su vida al encontrarse aprisionados por los dedos de un buen musulmán.

Actualmente, siguiendo el ritmo de los tiempos y poniéndose a tono con los progresos de la civilización, los *yemín* que se buscan el malsano placer de atormentar a los humanos se hacen micrófitos y bacterias y les roban la salud.

* * *

Nadie desconoce la existencia del diablo. Todo el mundo

Hechm, 18.) Los dardos ardientes son lanzados por los ángeles guardianes del cielo. Las lluvias de estrellas son, para los mahometanos, otros tantos lanzamientos de dardos inflamados.

(6) Pero así como todos «los que vuelven a Dios, los que creen y obran el bien...», «entrarán en los jardines del edén que el Misericordioso ha prometido a sus servidores...», y «recibirán alimento mañana y tarde» (XIX: *María*, 61, 62 y 63), los *yemín* ni comerán ni beberán, pues su manjar será bendecir y cantar al Señor.

(7) «Llenaré el infierno de genios y de hombres a la vez.» (XI: *Hud*, 120.) Cuando en el Korán se dice que «la recompensa de los enemigos de Dios es el fuego», que «les servirá de morada eterna», se asegura luego: «Entonces gritarán: Señor, muéstranos a los que nos habían extraviado, hombres o genios...» (XLI: *Especifativa*, 28 y 29.) Y el día que Dios reúna a todos, les dirá: «¡Asamblea de genios, habéis abusado demasiado de los hombres!» — Señor, dirán sus clientes entre los hombres, nos prestábamos unos a otros servicios recíprocos. Hemos llegado al término que tú nos has fijado. —El fuego será vuestra morada, responderá Dios; permaneceréis en él eternamente, a no ser que otra cosa plazca a Dios; pues es prudente y sabio.» (VI: *Los Ganados*, 128.)

sabe que fué un ángel rebelde. El Korán también lo asegura (8).

Tampoco los demonios pueden entrar en el Paraíso (9).

Consecuencia de todo esto —si no consecuencia al menos relacionado con ello— pueden ser los treinta y un huevos puestos por la mujer de *Iblis* para la reproducción de su especie. Y de esta especie son los genios, hijos del diablo, que se repartieron el mundo, instalándose: unos poblando los ma-

(8) «Cuando Dios dijo a los ángeles: Voy a crear de arcilla al hombre; cuando le haya dado forma perfecta y haya arrojado en él una parte de mi espíritu, tendréis que prosternaros ante él: los ángeles todos se prosternaron ante él, a excepción de *Iblis*. Se llenó de orgullo y fué el número de los ingratos.» (XXXVIII: *Sad*, 71, 72, 73 y 74.) «Cuando ordenamos a los ángeles adorar a *Adam*, todos lo adoraron, excepto *Iblis*; éste se negó y se hinchó de orgullo, y fué el número de los ingratos.» (II: La Vaca, 32.) «Nosotros os creamos y os dimos la forma, y luego les dijimos a los ángeles: Inclinaos ante *Adam*; y ellos se inclinaron, excepto *Iblis*, que no fué de los que se inclinaron.» (VII: *El Aaraf*, 10.) «Se negó a ser de los que se prosternaban.» (XV: *Hechr*, 31.) «Yo no me prosternaré ante el hombre que tú has creado de barro, de esa arcilla que se moldea.» (XV: *Hechr*, 33.) «¿He de prosternarme yo, dijo, ante ese a quien has creado de barro?» (XVII: El viaje nocturno, 63.) «Dijimos a *Adam*: Este es tu enemigo y el enemigo de tu esposa. Cuidad que no os expulse del paraíso y que no seáis desgraciados.» (XX: *Ta. Ha.*, 115.) «Cuando dijimos a los ángeles: Prosternaos ante *Adam*, todos se prosternaron, a excepción de *Iblis*, que era uno de los genios; se sublevó contra las órdenes de Dios. ¿Tomaréis, pues, más bien a *Iblis* y a su raza por patronos que a mí? Ellos son vuestros enemigos. ¡Qué detestable cambio el de los malvados!» (XVIII: La Caverna, 48.)

(9) «Hemos ornado el cielo más inmediato a la tierra con un adorno de estrellas. Sirven también de guardia contra todo demonio rebelde, a fin de que ellos (los demonios) no vengan a escuchar lo que pasa en la asamblea sublime (pues son asaltador por todas partes)...» (XXXVII: Las Filas, 6, 7 y 8.) «Hemos ornado el cielo más inmediato a este mundo, de antorchas; las hemos colocado en él a fin de rechazar los demonios, para los cuales hemos preparado los braseros del infierno.» (LXVII: El Imperio, 5.) «Juro por tu Señor que reuniremos a todos los hombres y a los demonios, y luego los colocaremos en torno de la *yahannama* (infierno) arrodillados.» (XIX: *María*, 69.) En otros pasajes análogos se dice: «Reuniremos a los hombres y a los genios». Y en otro se asegura: «¿No ves que enviamos hacia los infieles demonios (*chaitán*; pl. de *chaitan*: Satán) para excitarlos al mal?» (XIX: *María*, 86.)

res, otros ocupando los ríos, otros las fuentes, muchos se fueron a las montañas aisladas y algunos se cobijaron en los bosques frondosos; no fueron pocos los que se retiraron a los desiertos, y aun los hubo que invadieron los aires, por donde vuelan con la forma de serpientes.

Pero de todos estos seres fantásticos los «gules» (de *gul*; plural *gual*) son unos genios gigantescos que se alimentan de la carne humana. No solamente se mueven por Marruecos; pululan por todo el Africa del Norte; se conoce su existencia aun en Oriente. ¿No se los encontró en su camino hacia Siria el jalifa Aomar ben El Jettab, el eminente compañero (*sahib*; plural *ashab*) del profeta Mohammed?

Estos genios (en el Rif les llaman *amziuen*; plural de *amziu*: fantasmas), para ser algo parecidos a los humanos, tienen cualidades de bondad o son unos malvados. Son mayoría, abundan, los sedientos de sangre humana, los que se atracan de carne humana; si aquel humor rojo es chupado por muchos con voluptuosidad, no saborean con menos deleite la parte blanda y mollar del cuerpo humano. Una minoría, sensible a la buena conducta de algunos hombres, puede ayudarles con su poder y aun contrarrestar las maldades de los «gules» perversos. Gracias a estos ogros misericordiosos se puede vivir bajo la amenaza de los malintencionados.

Esposa de uno de estos seres fantásticos es la tan popular como temida Aaicha Kándicha, hermosa y seductora mujer que habita en los ríos de estrecho cauce y ocultas orillas, navega cual sirena por el mar, se halla en las lagunas y vive también sobre la tierra, frecuentando los aislados grupos de árboles y las fuentes, y apareciendo junto a los caminos en los lugares solitarios. Se reconoce a La-la Aaicha —la oficiosidad del obsequioso y solícito campesino ha otorgado tan distinguido tratamiento a tan temido sér— por sus pies en forma de pezuña y por los largos y afilados dedos de sus manos.

Mujer bella y sugestionadora, con grandes ojos negros, graciosos ademanes y voz encantadora, sale al encuentro del que camina por lugares alejados de toda señal de vida, ofreciéndole agua; al quererlo poseer lo atrae con zalemas y arrullos, y con insinuaciones provocadoras y prometedoras le subyuga y se hace seguir hasta conseguir sepultarlos en el mar, hundirlo en la orilla de una laguna o ahogarlo al vadear un río. Si los jóvenes hombres se bañan y no la quieren escuchar, salta sobre sus hombros y los hunde, arrastrándolos hasta el fondo del agua. Solamente echándole una cantidad de *que-seqsú* se puede conseguir una acogida amable, para entregarse al baño con toda tranquilidad.

Su marido, Hammu Kaioa —un gigante de talla destacada entre los otros «gules»—, la acompaña preferentemente cuando va a los ríos. No es tan temible como Aaicha, pero se entretiene en arrastrar hasta el agua a los confiados transeúntes.

Estos seres quiméricos, esta especie de ogros, son los más deformes y horrorosos. Su talla gigantesca la deben a sus largas y delgadas piernas, terminadas por unos cascos de asno o por unas pezuñas de cabra; sus párpados están orlados por pestañas larguísimas; todo su cuerpo está cubierto de pelo. Es con este aspecto como se les encuentra por la noche; es así, con esta traza, como se aparecen aun en locales cerrados, pues, haciéndose invisibles, atraviesan sin mal toda clase de obstáculos.

¡Pensar que Aaicha Kandicha, la bella y seductora mujer, pueda transformarse, al llegar el crepúsculo vespertino, en una vieja arguella, con largos senos echados sobre sus hombros y hacia atrás, con dientes tan anchos y largos como palas de hornero, y con unos brazos y piernas poblados de pelos!... ¡Qué desilusión para tantos y tantos que vieron la *gula* atractiva y encantadora!... Sin embargo, quienes buscan congra-

ciarse con tan terrible *yennía* y aun gozar de su protección, aprovechan la oportunidad para coger una de las glandulosas mamas y tetar.



Si, pues, los *yemún* toman a veces una forma parecida a la humana, nada de particular tiene se crea que, en tal caso, puedan hasta tener relaciones sexuales con las mujeres, como hay quien admite el matrimonio del hombre con la *yennía*..., siempre que haya dos testigos; si llega a producirse el divorcio, éste acarrea los sinsabores que pueden imaginarse en una *yennía* despreciada, despechada y vengativa. Otros pareceres rechazan y reprueban tan absurdo mestizaje, estimado pecaminoso; hay quien niega esta unión, porque lo material y, por tanto, visible, no puede tener ayuntamiento con lo incorpóreo e invisible (10).

Es también creencia muy difundida que, en los nacimientos, puede los *yemún* cambiar sus hijos por los hijos de los humanos. Por esto no se deja sola —durante la noche y por espacio de una semana— a la mujer parturienta, pues hay un *yen* que tiene la facultad de secuestrar las mujeres en tal estado (11). Tampoco se dejan solos a los recién nacidos hasta transcurrida la cuarentena, por temor a que sean cambiados por los *yemún*. Algunos ritos especiales pueden impedir y evitar tales cambios.

Los *yemún*, la presencia y convivencia de estos espíritus ma-

(10) En Tetuán vivía, en el barrio de los Haddadín —unos pocos años antes de nuestro Movimiento—, el viejo «Jamsa Kaddura», así llamado porque decían cambiaba de forma cinco veces al día. Tenía una pequeña tienda en la que vendía hierros viejos. La gente aseguraba —y muchos lo creían— que estaba casado con una bella y hechicera *yennía*, su compañera de todas las noches, pues a diario acudía al estrecho y húmedo local.

(11) En el Rif llaman a este genio *Meyar cegarién* (el que se arrastra, mediante cayados). Para impedirle su propósito queda alumbrada la habitación, caso de no tener compañía la enferma.

lignos —de los que tanto se desconfía que ni siquiera se les llama por su nombre para evitar su aparición—, tienen desasosegados y preocupados a los «baamranis». Aunque aquéllos vivan bajo tierra, como gustan de fastidiar, contrariar y hostigar al hombre, salen al exterior; son los dueños de los vientos y las aguas; frecuentan las cuevas, los mataderos en los zokos, los montones de estiércol próximos a las viviendas; aman recogerse en las cisternas, resguardarse en las barrancadas, orearse en las altas cimas; algunos negros los llevan consigo; buscan acompañar a los matarifes; vagan por los campos bajo el aspecto de dromedarios y machos cabríos; en algunos encharcamientos se encuentran como ranas y tortugas; rondan por las casas como perros y gatos; las rampantes serpientes no son sino *yemín* terribles.

Como para el berber en general y para el «baamrani» en particular —especialmente para la mujer— la consecución de muchos de sus deseos dependen de la voluntad de los *yemín* —unos perversos y otros bienhechores—, vive preocupado por atraerse la benevolencia de las fuerzas ocultas. Los *yemín* pueden dar buenas cosechas o llevar una peste al ganado. No se puede vivir tranquilo sin contar con ellos. ¡Qué de sortilegios, hechicerías y brujerías en la mujer para asegurarse una descendencia!

Todas estas supersticiones imponen los sortilegios que las contrarresten. Muchos *igurramen* deben su prestigio, el haber ganado respeto y aun veneración, a este tipo de adivinaciones por suertes supersticiosas. Todas estas supersticiones fuera de razón esclavizan a los «baamranis», quedando así perezosos para discurrir y remisos para actuar, y algo paganos en el creer, contra todos los propósitos del puro Islam en su lucha contra la idolatría. La realidad es que nuestro «baamrani» tiene una gran cantidad de supersticiones en todo y para todo.

A. DOMENECH LA FUENTE

